



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: La cultura en el proceso de integración de América Latina

Autor: Hart Dávalos, Armando

Forma sugerida de citar: Hart, A. (1990). La cultura en el proceso de integración de América Latina. *Cuadernos Americanos*, 6(24), 111-126.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 24, (noviembre-diciembre de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## LA CULTURA EN EL PROCESO DE INTEGRACION DE AMERICA LATINA

Por *Armando* HART

MINISTRO DE CULTURA DEL GOBIERNO DE CUBA

FELICITAMOS al Cuerpo Diplomático Latinoamericano acreditado en México y a la Universidad Nacional Autónoma de México por la iniciativa de organizar esta Cátedra dedicada al estudio y análisis de los países de nuestra América. Saludamos al distinguido Maestro Leopoldo Zea, coordinador de la Cátedra, y a las destacadas autoridades académicas y culturales que nos honran con su presencia. Sería valioso que esta idea sirva de aliento para promover empeños similares en otros centros universitarios de América. En Cuba, me comprometo a sugerir a las autoridades de la universidad de La Habana y al Cuerpo Diplomático Latinoamericano allí acreditado que evalúen esta experiencia que mucho puede servir para fortalecer el mutuo conocimiento e integración de nuestras instituciones docentes y culturales.

Agradecemos la invitación que nos formuló la Cátedra, ayer inaugurada solemnemente en el anfiteatro "Simón Bolívar", para que pronunciáramos una conferencia con el tema "La cultura en el proceso de integración de América Latina".

Hay quienes tienen un concepto estrecho del arte y la cultura, exclusivamente referido a las técnicas, modos y estilo estéticos. Hay quienes lo reducen a una simple acumulación de información y hay, incluso, quienes aprecian el fenómeno del arte y la cultura con un sentido frívolo de la vida, que lo coloca en una comprometida situación ante la visión del pueblo.

Lo mejor del pensamiento latinoamericano no se perdió en las terminologías tecnocráticas al uso, ni en el teoricismoseudocultural, sino que se formó, y se orienta, hacia la investigación y la divulgación de las ideas políticas, sociales, morales y culturales que nacen de las entrañas de nuestros pueblos y de sus necesidades inmedia-

tas y mediatas. No es lícito identificar a la cultura con una simple generalización situada más allá de su contexto social concreto, es decir, fuera de las naciones, grupos étnicos o de determinadas clases sociales. El concepto o idea de cultura, en cuanto a lo que hablamos y hemos venido insistiendo, se refiere a un país, región o área del mundo determinada, clase, grupo social o étnico. Un análisis o enfoque de la cultura que no tome en cuenta la historia concreta de un país, área o zona del mundo, suele conducir a una abstracción ajena a la vida real.

El fenómeno latinoamericano consiste en el entrelazamiento de diversas culturas y en que todas ellas, como conjunto, integran o deben integrar una identidad diferenciada en el mundo moderno. La originalidad de este hecho se halla en que es hoy en día la de visión más amplia, democrática y universal. El ideario cultural latinoamericano y caribeño se nutre de esa universalidad y se enriquece en la savia del pueblo y en la raíz y vocación social de la naturaleza humana, que son las fuentes verdaderas de la sabiduría. Por esta razón, el arte y la cultura latinoamericanos pueden desempeñar un papel de importancia capital en la integración y lo harán en la medida en que se esclarezcan los aspectos más importantes de la cultura política y social de América. Si esto permanece en la nebulosa y la confusión, no podrán influir en nuestras aspiraciones de constituir un haz de pueblos unidos e independientes.

No es con fórmulas europeas o norteamericanas, que durante años nos impusieron, como debemos esclarecer los puntos cardinales de nuestra cultura y, en especial, de la cultura política y del pensamiento social. No rechazamos lo que otros pueblos hayan contribuido al desarrollo de nuestras ideas, pero recordemos un sabio pensamiento de José Martí: "Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser nuestras repúblicas". Y del tronco o la esencia del problema planteado vengo a hablar hoy aquí.

La cultura latinoamericana y caribeña, y específicamente la política, está contenida en el ideario de los mejores próceres de la independencia y en la lucha contra quienes han querido conquistarnos por las armas o explotarnos con los poderosos resortes de la economía. Recordemos un hecho cardinal expresado en la famosa frase de Simón Bolívar: "Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar a América de miseria en nombre de la libertad".

El valor de la intelectualidad comprometida de nuestra América se relaciona con la mayor o menor profundidad con que abordaron, expresaron y analizaron este hecho colosal.

Las pretensiones hegemónicas sobre el hemisferio de los círculos dominantes en los Estados Unidos, a lo largo de la historia, por un lado, y el espíritu independentista y latinoamericanista de los más elevados pensadores de la América irredenta, por el otro, constituyen una contradicción de fundamentos económicos y sociales que necesita ser resuelta de una manera satisfactoria para vencer nuestras dificultades actuales.

En fin, el estudio del antiimperialismo y la unidad de América Latina constituyen requisitos esenciales para que el arte y la cultura de nuestro continente puedan desempeñar el papel que necesitan ejercer en el complejísimo mundo actual y en el futuro inmediato o mediato.

La unidad se ha procurado, y se debe continuar promoviendo, por las vías políticas. La continuidad del trabajo del Grupo de Río es un hecho alentador, pues abre nuevas posibilidades de entendimiento, comprensión y fortalecimiento de los lazos comunes. La unidad también se ha intentado —y se desarrollan importantes iniciativas al respecto— por la búsqueda de caminos para la cooperación económica; pero esto se hace asimismo bastante complejo y tales procesos demoran tiempo en madurar.

Hace falta la luz de la cultura, de nuestra tradición y de nuestra historia latinoamericana, para iluminar estos caminos. Tal y como expresábamos en Brasilia, hace un año, debemos hacer un alto, dejar por el momento a un lado las diferencias filosóficas que puedan separarnos y pensar en los elementos de identidad y de cultura que tenemos y que pueden unirnos. Las mejores ideas y los mejores esquemas serán aquellos que nos permitan enfrentar, en América Latina y el Caribe, el presente y el futuro de forma unida. No hay para nuestros pueblos otra solución que la unidad.

Los grandes cambios sociales y políticos han estado precedidos de transformaciones en el campo de las ideas. Debemos unir todos los esfuerzos de nuestros estados y pueblos para promover, en la intelectualidad latinoamericana, y con los fundamentos de nuestra tradición, la reflexión acerca de nuestro presente y nuestro futuro, sobre la base del respeto a nuestras identidades culturales nacionales y regionales. Debemos recorrer este camino para abrirle paso al entendimiento, a la comprensión y, en definitiva, para que nuestro continente pueda desempeñar un papel en el mundo de hoy y de mañana. Para cumplir esta alta y noble aspiración ha quedado para siempre, como uno de los grandes principios de América, el

postulado del benemérito Don Benito Juárez, cuando dijo: "El respeto al derecho ajeno es la paz".

Se ha hablado de la modernidad e, incluso, de la posmodernidad, en el plano de la política y de la cultura. No hay modernidad genuina, de índole universal, si no entra en el análisis el papel de la cultura y la tradición de América Latina y el Caribe. Cultura sin esquemas dogmáticos, sin "ismos" que la limiten y sobre el fundamento del respeto a cada una de nuestras naciones y de la exaltación de sus más genuinos y representativos valores. Cultura acerca de la conciencia de que pertenecemos a una patria grande, desde el sur del Río Bravo hasta la Patagonia, y que ella debe desempeñar un relevante papel en el mundo contemporáneo.

La cultura y su promoción no podrán resolver nuestros agudos problemas sociales y económicos ni nuestras diferencias políticas. Esto sólo es posible vencerlo por la voluntad unida de nuestros pueblos y Estados. Pero la cultura, entendida en el sentido de que hablamos y sobre los fundamentos de la tradición latinoamericana, puede ser un elemento clave para nuestra unión y, en especial, para ilustrar acerca de los rumbos a seguir, así como para fortalecer las fibras morales de nuestras sociedades.

En América Latina y el Caribe, el pensamiento humanista que nos llegó de Europa alcanzó un contenido más real, concreto y universal. Nada más eficaz para comprobar esta verdad que trazar un paralelo entre las figuras sobresalientes de la Revolución Francesa de 1789, y los hombres o las figuras extraordinarias de nuestra epopeya por la independencia. Si la Revolución Francesa trae a la mente nombres como Mirabeau, Saint Just, Danton, Napoleón y el más revolucionario de todos: Robespierre, la lucha independentista de nuestra América hace emerger figuras ejemplares y de alta dignidad moral como Toussaint Louverture, Bolívar, Hidalgo, Martí, Sucre, San Martín, Juárez, O'Higgins, Tiradentes, Artigas y otros, cuya gigantesca talla histórica adquiere, precisamente, un carácter universal.

En moral, en política, en proyección histórica, en el arte militar, nuestros pueblos han dado un tipo de dirigentes superior a los surgidos en el movimiento burgués europeo. Y esto fue así porque la ideas de libertad, igualdad y fraternidad de las revoluciones burguesas, regadas en tierras americanas, fueron fertilizadas, en la mente y en la acción de nuestros héroes, por las condiciones de explotación colonial, en los que constituían aplastante mayoría los indios que vivían, y viven, al margen de la civilización; los negros, quie-

nes fueron traídos de África como esclavos, y los campesinos y trabajadores del campo, quienes en centenares de miles sentían la doble opresión, nacional y social, de los años extranjeros.

Fue así también porque en América se produjo una síntesis cultural de carácter universal, que dio una más amplia visión del mundo a los hombres y mujeres de pensamiento claro y perdurable. Permítaseme presentar aquí, muy sintéticamente, un ejemplo de la vida de José Martí, para que se aprecie cómo el ideario cultural latinoamericano, en el plano político, rebasa, con mucho, al liberalismo europeo.

Con sólo dieciséis años, y luego de sufrir prisión en las cárceles españolas de la Isla, Martí fue deportado a España. Aprovechó su estancia allí para realizar estudios superiores y promover un trabajo de divulgación y esclarecimiento acerca de la necesidad de la independencia de Cuba. En la metrópoli fue testigo presencial de un acontecimiento que aportaría valiosa luz a su formación revolucionaria: conoció el establecimiento de la primera República española, a la cual dedicó, en 1873, comentarios en un opúsculo titulado "La República española ante la revolución cubana". La perspectiva anticolonialista de nuestro Héroe Nacional adquirió un alcance y capacidad de germinación muy significativo, en ello se evidenció su comprensión de que los ideales propagados por el liberalismo podrían estancarse.

La negativa de la República española a reconocer la independencia de Cuba le mostró lo que para él fuera quizás el signo más ejemplarizante de las limitaciones liberales europeas. La República liberal de España mostraba, con respecto a la liberación de Cuba, una actitud conservadora. Esto llevó a Martí a afirmar que el espíritu podría verse turbado por lo que él llamó "el amor a la mercadería", o sea, por aquellos intereses económicos que limitaban el apoyo que inicialmente pensó tendría Cuba de España con el triunfo del liberalismo. En favor de la independencia de Cuba reclamó entonces a la República liberal española en nombre de un principio ético que él calificó como "la honra universal". Asimismo, en otra ocasión, señaló que "Patria es Humanidad".

El pensamiento liberal en la historia de América rebasó el ideario humanista de las democracias liberales europeas. Al menos en Martí —quien, desde luego, supera el pensamiento liberal—, y en muchos próceres de nuestra independencia, está muy presente el sentido de la cooperación internacional, de la solidaridad con los

pueblos que luchan por su independencia y la comprensión universal de los fenómenos políticos.

Esta limitación para comprender la universalidad de los problemas de la cultura política todavía aparece en las acciones y en las ideas de muchos hombres representativos de los Estados Unidos y de Europa. Incluso, aún hoy, en 1990, en las democracias representativas de Europa Occidental, corrientes importantes de la socialdemocracia no llegan a entender cabalmente la universalidad de los problemas del mundo contemporáneo. Por eso no se entiende a América Latina ni al Tercer Mundo. "El amor a la mercancía" al que se refería Martí sigue limitando el pensamiento democrático en los países donde surgieron las primeras revoluciones burguesas.

El pensamiento universal de la cultura latinoamericana es el que le permite comprender a todos los pueblos de la tierra y diferenciarlos de sus gobiernos. En Europa y los Estados Unidos se ignora, o se pretende ignorar, la enorme cultura política de nuestros pueblos; podríamos decir que ellos piensan que el mundo se mueve alrededor de su aldea. No sabe el norteamericano de los círculos gobernantes, ni el europeo conservador, que en nuestra América irredenta hay una síntesis universal de cultura política y que sólo cuando sean capaces de entender su esencia ética podrán rebasar el horizonte tecnocrático y consumista que los limita a acercarse a un espíritu genuinamente humano. Estos bárbaros modernos están muy impregnados del instinto animal con que han explotado al mundo y están muy lejos del humanismo que, hipócritamente, levantan como bandera.

Somos nosotros, los latinoamericanos, quienes realmente estamos defendiendo la genuina esencia humana que hay en lo mejor de la creación espiritual y cultural. La cultura latinoamericana en medio de su diversidad y multiplicidad se presenta como una unidad específica de ideas, costumbres, hábitos y creación intelectual y artística. Por su vocación universal sabe distinguir y comprender las diferencias existentes en el seno de las sociedades que nos explotan, como, por ejemplo, la norteamericana, donde hay una tradición democrática de pensamiento liberal y de sana vocación universal en muchos de sus intelectuales. Los latinoamericanos sabemos distinguir, por un lado, a los promotores de la Doctrina Monroe y, por el otro, los ideales democráticos de esa nación, donde existen amplias masas explotadas y discriminadas y donde se ha estado produciendo, en estos años, un crecimiento inusitado de la



población de origen latinoamericano, cuya consecuencia para el futuro es incalculable.

Sin embargo, la reacción en ese país, con el dominio del lenguaje, de los medios masivos de comunicación y de las técnicas publicitarias, muestra las imágenes de la realidad y muestra legítimas aspiraciones al inverso de su contenido real. Expresiones como Estado, democracia, libertad, derechos humanos, tienen, para los ideólogos del imperio un significado que, de hecho, se traduce en una restricción de la libertad, de la democracia y de los derechos humanos.

Sería tarea interminable presentarles la inmensa relación de hechos que revelan la negación de la democracia y de los derechos humanos en los Estados Unidos y, sin embargo, se presentan como sus defensores. El pueblo y la intelectualidad mexicanos conocen bien esta historia, desde la época en que, en nombre de la libertad, se apoderaron brutalmente de la mitad de su territorio, hasta los días de hoy, cuando el Fondo Monetario Internacional impone trabas y límites al desarrollo independiente de nuestros países.

Podríamos recordar a los grandes disidentes de Norteamérica. Podríamos recordar a Charles Chaplin. Podríamos hablar del asesinato de Martin Luther King. Podríamos mencionar que hoy a una gran cantidad de cubanos no se les concede visa para visitar los Estados Unidos, ni siquiera Puerto Rico. Podríamos, igualmente, hablar de la discriminación racial existente en los Estados Unidos y también de que, por disposiciones legales, se desaprueba el ingreso a ese país de numerosas personas de pensamiento democrático. Pero, en fin, como decíamos, sería interminable presentar un listado enorme de hechos antidemocráticos e inhumanos cometidos por las diversas administraciones norteamericanas. Se requeriría de un volumen similar a una gruesa enciclopedia para, solamente, exponer los crímenes, atropellos y actos inhumanos de los gobiernos estadounidenses.

Sobre el uso de las palabras, podremos, más adelante, mostrar ejemplos relacionados con la expresión "mercado libre" o "libre comercio" y la evolución de este problema. Pero, ahora, quiero subrayar que es necesario estudiar los documentos principales de los programas más reaccionarios de los Estados Unidos. Porque en ellos está el carácter fascista que tienen ciertos elementos de la sociedad norteamericana. En el documento de Santa Fe II se insiste en oponerse a lo que ellos llaman "concepción estatista" en América Latina, es decir, negar el papel del Estado en nuestras sociedades. Dicho

texto se presenta como negación al principio "estatista" y como defensa de los intereses de la sociedad. Sin embargo, habla con insistencia de que, en América Latina, los Estados Unidos deben apoyarse en las instituciones que llama permanentes, los ejércitos y el sistema judicial, como si la esencia del poder del Estado no estuviera, precisamente, en las fuerzas armadas y en las administraciones judiciales.

Ellos se quieren apoyar en las fuerzas armadas y en las administraciones judiciales, y no en los gobiernos y en los partidos políticos, porque son estos últimos los que están más cercanos a la sociedad. Pero, es más, cuando las que llama instituciones permanentes, como el ejército, por su influencia en la sociedad entra en contradicción con el gobierno de los Estados Unidos, entonces se vuelven contra ellas. Y los ejemplos más elocuentes los tenemos en la oposición que le hicieron al gobierno militar progresista de Perú, en épocas de Velazco Alvarado, y en el aplastamiento brutal de las Fuerzas de Defensa panameñas.

La debilidad del poder del Estado, que preconiza el documento de Santa Fe II, está en contradicción con los intereses más nobles de nuestras sociedades y con los ejemplos sobresalientes de los grandes procesos de cambio. El Estado burocrático y militarista de las tiranías que ha sufrido Latinoamérica es una cosa y el poder del Estado, cuando responde a los intereses del pueblo, es otra bien distinta. Pero sucede que el Estado dictatorial siempre estuvo en alianza con el imperio. Algunos de los ejemplos más connotados fueron Batista en Cuba, Somoza en Nicaragua y Trujillo en Santo Domingo. En cambio, los gobiernos que han tratado de ejercer, a través del poder del Estado, una influencia progresista y de vincularse con la sociedad, como el de Lázaro Cárdenas, en México, o el de Salvador Allende, en Chile, se vieron acosados y en contradicción con los intereses norteamericanos.

En el propio documento Santa Fe II, se nos llega a reprochar la defensa de nuestra identidad cultural e, incluso, que elaboremos nuestra propia interpretación de la historia. El *statu quo* norteamericano pretende nada menos que censurar la interpretación histórica y la identidad de cada uno de nuestros países y de los pueblos de América como conjunto. De esto debemos extraer la conclusión de que la cultura latinoamericana tiene sólidos fundamentos para la transformación social y la liberación de la miseria y la explotación que sufren nuestros pueblos. De otra manera no se explicaría que el gobierno de los Estados Unidos atacara tanto nuestro

nacionalismo. En Europa del Este alentaron el nacionalismo porque tenía fundamentos conservadores. En América Latina irrumpen contra el nacionalismo, porque es expresión de patriotismo y de lucha por los intereses genuinos de las masas explotadas

Otra interpretación que demuestra la tergiversación del lenguaje es la que hacen al hablar del mercado libre y del liberalismo económico. La idea de un mercado libre, en esencia, expresa la realidad de un mercado esclavo. No obstante su reiterado fracaso, en América Latina se vuelve sobre la cuestión y se brinda como fórmula para resolver nuestro dilema. El problema se halla en que la tragedia económica y social de América ha estado enmarcada, precisamente, en el fracaso reiterado del liberalismo económico en nuestra área. Vayamos a la raíz de la cuestión, analicemos cómo nació y se desarrolló en ambas Américas, la del Norte y la nuestra, y qué contingencias se presentaron en la realidad.

La economía liberal creció en forma insospechada cuando no encontró obstáculos externos y cuando propició que se desencadenaran, sin trabas, las fuerzas productivas internas en diversos países. Esta es, por ejemplo, la historia de los Estados Unidos en la pasada centuria y posteriormente, en la actual, ya con otro carácter, cuando fue predominando la economía de monopolio. El potencial de riqueza acumulada a partir de las trece colonias y el impetuoso crecimiento de las fuerzas productivas no encontró obstáculos y, cuando los halló, fue capaz de superarlos. La economía liberal norteamericana barrió a las poblaciones aborígenes o las redujo a la impotencia. Sirvió de respaldo económico para la conquista de territorios mexicanos y se impuso en las grandes extensiones de lo que hoy son los Estados Unidos. En un momento se apoyó en la esclavitud de los negros y, cuando ésta se convirtió en un obstáculo, superó al sistema esclavista, lo cual, desde luego, constituyó un progreso y un paso de avance en la liberación humana; sin embargo, mantuvo a los negros en la discriminación y en las formas más violentas y humillantes de la esclavitud asalariada.

Sobre tales fundamentos económicos, en las décadas finales del pasado siglo se fusionó el capital bancario y el industrial y comenzó la exportación de capitales. Se constituyeron, de esta forma, los gérmenes de lo que, a partir de la intervención norteamericana en la Guerra de Independencia de Cuba, se caracterizó como imperialismo o neocolonialismo. ¿De qué liberalismo nos hablan hoy en América Latina, si los grandes consorcios monopolistas limitaron e impidieron el desarrollo de nuestras fuerzas productivas y han

creado y crean obstáculos insalvables a un capitalismo independiente en el continente?

El propio pensamiento liberal latinoamericano, como fenómeno de cultura política, que es una de nuestras más sagradas memorias y de nuestras herencias espirituales, se vio cogido en la trampa que le interpuso el poder de los modernos financistas extranjeros, en alianza con los grandes terratenientes feudales, herederos, estos últimos, del viejo colonialismo. Porque, como decía, en los Estados Unidos la economía liberal se desarrolló porque no tuvo interferencias externas, ni enemigos poderosos que impidieran su crecimiento. América Latina sí los tuvo, y los tiene, en el capital financiero internacional y en el dominio que, apoyado en él, ejerce, sobre los más diversos medios, instituciones de carácter político, educativo y cultural y que se revelan, también, en el control monopólico de la información y en la conformación, por estas vías, de estados de opinión favorables a sus propósitos, encaminados a dividirnos, a balcanizarnos, y a evitar nuestra acción conjunta.

La necesidad de defender como principio la autoridad de los gobiernos y las instituciones democráticas de América Latina es un prerrequisito de nuestra unidad para enfrentar al enemigo secular. En Cuba pensamos que el fortalecimiento de la autoridad del Estado, sobre fundamentos de una amplia democracia de participación popular, es el único camino que podemos seguir.

El fortalecimiento del papel del Estado en la economía y en la vida social debe ir, desde luego, acompañado de una ampliación creciente y participativa de la democracia. Tal fortalecimiento se integra en la tradición de cultura política latinoamericana porque, como decía al principio, la contradicción esencial, en este orden de cosas, se halla en la que existe entre las ideas hegemónicas de los círculos más estrechos del imperialismo norteamericano y el ansia de unidad latinoamericana que nos viene desde la época de Simón Bolívar. Y debemos enfrentar esta contradicción con fuertes poderes gubernamentales que se sustenten en una sólida democracia de ancha base popular, no una democracia para la minoría selecta sino para todo el pueblo y las masas oprimidas. Estos problemas y los dramas que representan de profundo fundamento económico, tienen raíces y expresiones espirituales que estamos en el deber de estudiar en todos los campos de las ciencias sociales e históricas y, también, en las de carácter cultural en su sentido más amplio. Fortalecer el papel del Estado, así como ampliar constantemente la democracia y la participación del pueblo y todas sus capas en

los procesos sociales y políticos, es la única disyuntiva posible en las condiciones modernas de enfrentamiento al imperialismo.

Observo con esperanza que las capas más lúcidas de la América Latina de hoy están procurando la búsqueda de los caminos hacia una nueva izquierda que, para tomar vigencia, deberá vincularse a los procesos sociales reales y de ancha base popular que de forma emergente se presencian en diversos países más allá de la propia izquierda tradicional. Y ésta, para ajustarse a los tiempos nuevos, tendrá que ponerse al ritmo de tales movimientos sociales, muchos de los cuales tienen contenido o proyección de carácter cultural.

Es como una fuerza emergente en nuestro continente que se rebela como síntoma de un mundo revolucionario que lucha por nacer o irrumpir. O se les abre paso a los cambios que suponen una mayor participación popular y una más amplia satisfacción de las necesidades del pueblo, o éstos buscarán sus propias soluciones de manera espontánea. Las convulsiones sociales que en ocasiones han adquirido carácter volcánico, los asaltos a los mercados por las masas hambrientas y desesperadas, las enormes votaciones de candidatos con programas radicales, las derrotas aplastantes de las derechas —como en el Perú—, y otros muchos ejemplos, como el mismo homenaje multitudinario a Salvador Allende que observamos en Santiago de Chile hace sólo una semana, y que colmó las calles de la capital chilena, son sólo síntomas de una América nueva que, en los linderos ya cercanos del próximo siglo, creará, de una forma u otra, con un estilo u otro, una presencia política más activa.

Las comunidades de pobladores, de campesinos, de cristianos, de trabajadores industriales y agrícolas, los laboriosos trabajadores de la educación popular —con quienes, por cierto, en Cuba hemos tenido diversos y muy hermosos encuentros—, que están en diversos países de este continente y que no se encuentran fácilmente al alcance de las estructuras políticas vigentes, son ejemplos también de que la democracia, la cultura y la cultura política tienen una fuerza social de fondo que presiona y exige, a las direcciones de diversos gobiernos, la búsqueda de soluciones económicas y sociales. Estas fuerzas están esperando, en diversos países, por la circunstancia precisa y por la vanguardia capaz de expresar su interés y orientarlas hacia la acción coordinada. Es decir, o se abre paso, por los canales de nuestras instituciones democráticas, a este proceso, o él mismo tomará sus propias y originales formas de actuar.

En fin, lo que estamos planteando los cubanos, y quiero que se nos entienda bien, es que la tradición latinoamericana más pro-

gresista requiere del fortalecimiento de la autoridad de los gobiernos, pero sobre los fundamentos de una amplia democracia de ancha base popular. Lo que está planteando como política a América Latina el gobierno de los Estados Unidos es debilitar la autoridad de los gobiernos y las instituciones sociales y democráticas, fortalecer la de los monopolios y desarrollar la democracia más estrecha y formal.

Nosotros los cubanos, y quienes piensan profundamente en el antiimperialismo en América, somos mil veces más demócratas que el más demócrata representante del Estado norteamericano. Ya ven ustedes que la tergiversación de las palabras, y su interpretación tendenciosa, nos presenta como antidemócratas. Queremos más democracia y, en cuanto a Cuba, que ha escogido el camino del socialismo, estamos convencidos de ello, porque la teoría y la experiencia de la vida enseñan que el socialismo requiere de la democracia como el hombre necesita del aire para vivir. Estos hechos económicos y políticos tienen relación con fenómenos socioculturales, y nuestras respuestas culturales deben tenerlos en cuenta.

Tenemos que profundizar en la circunstancia de que, en este siglo, los Estados Unidos desarrollaron una compleja madeja de relaciones económicas internacionales y que ello les permitió, a su vez, alcanzar un dominio sobre los medios masivos de comunicación y de promoción de las ideas y de la imagen artística. Ahí es donde la cultura de nuestra América ha de desempeñar un destacado papel de escudo, bandera y esclarecimiento de nuestros problemas y en la búsqueda de sus soluciones.

La prepotencia y el dominio en el cine, la radio y la televisión, y los diversos circuitos de comunicación, deben ser enfrentados por nuestra parte con un trabajo cultural, desarrollando nuestras propias instituciones multinacionales y promoviendo la cooperación entre nuestros países. Esta afirmación la formulé en Brasilia, donde se creó el Consejo Latinoamericano y Caribeño de Cultura. Así se expresaron, también, los ministros del Grupo de los Ocho, en Caracas, cuando afirmaron que la cultura puede ser un vehículo de integración latinoamericana. Así se planteó, igualmente, en Mar del Plata, Argentina, en la Reunión de Ministros de Cultura. Así se está discutiendo y concretando en la reunión de México.

La política cultural, y todas las concepciones de la política cubana, están orientadas a encontrar y concretar vías de promoción y exaltación de nuestros valores artísticos, espirituales y morales. Por ello, apoyamos decididamente los proyectos y pasos ya enca-

minados para lograr la libre circulación de los bienes y servicios de este carácter, así como las medidas tendientes, como las propuestas en la ALADI y en estudio por el SELA, para facilitar la producción, transporte, distribución y consumo de éstos, entendidas como acciones que constituyen la base de un mercado común de Bienes y Servicios Culturales y Educativos.

La cultura asume, cada vez más, un activo papel político en la preservación de la soberanía y la identidad nacional, amenazadas por la circulación incontrolada de mensajes transnacionales. La dimensión y diversidad de la influencia intelectual foránea —con el predominio ascendente de los medios audiovisuales— obliga a unir esfuerzos en proyectos comunes de animación y preservación de la soberanía, con una escala de acción nacional, regional e internacional.

#### Compañeros y amigos:

En los años que vivimos se decide lo que será la humanidad e incluso si ella pervivirá en las décadas venideras. La América Latina y el Caribe tienen un deber sagrado que cumplir en esta hora singular, y sólo podrán hacerlo con decisión, con valor y con sabiduría; sólo podrán hacerlo con cultura. Han quedado atrás los más diversos esquemas de derecha, y hasta los de izquierda, que se fueron forjando a lo largo de las últimas décadas. Hoy sólo cabe preguntarse: ¿puede la humanidad sobrevivir al crecimiento acelerado de la industria militar y a la guerra atómica? ¿Podrá hacerlo luego de un desastre ecológico continuado que afecte sensiblemente al medio ambiente? ¿Será posible continuar viviendo en paz por largos períodos, sumidos en el hambre y la miseria, la insalubridad y la ignorancia que padece, de manera creciente, la población de los países subdesarrollados? En tales situaciones, ¿estamos hoy viviendo en paz o, están, por el contrario, creándose las condiciones para una violencia más generalizada? Esto lo decíamos hace un año en Brasil; hoy, los acontecimientos del Golfo Pérsico confirman nuestras preocupaciones, pues tienen al mundo al borde de un desastre de incalculables consecuencias.

Las cifras inverosímiles de la deuda externa, la imposibilidad, real y confirmada por todos, de pagarla, y su secuela natural, el empobrecimiento progresivo y cada vez más agudo de la mayoría de la población del Tercer Mundo, ¿quedarán sin una respuesta o sin una consecuencia más dramática aún? ¿Puede alguien pensar

que todo esto va a quedar así como está? ¿Cómo será la vida del hombre después que la desesperación, la miseria y el hambre conduzcan a los pueblos, sometidos a la deuda externa, a las convulsiones y estallidos sociales que tendrían lugar en las zonas más subdesarrolladas del orbe? Y si todas estas realidades se combinan un día, y conducen a una cadena de hechos sin control, ¿no acabaremos produciendo situaciones inmanejables, las cuales lleven a la humanidad civilizada del siglo xx a cavar su propia sepultura? La vida demuestra que algunos problemas socioeconómicos heredados provocan situaciones de descontrol, para las cuales no hay posibilidad de hallar fáciles soluciones.

Hay ejemplos dolorosos en la historia que muestran cómo cuando quienes tienen la autoridad y el dominio no prevén soluciones adecuadas para los pueblos, se llega a la violencia. Una vez se dijo que la Revolución Cubana era la que promovía la violencia en América Latina. Hoy, treinta años después, podemos decirles con serenidad y con honda preocupación por el futuro de América, que la violencia se gesta en los procesos sociales reales que transcurren en nuestro continente. Y si no se es capaz de hacer una reflexión profunda sobre estos hechos, y si no tenemos la decisión de afrontarlos todos unidos, con un programa común de acción, las consecuencias pueden ser desastrosas para todos: los ricos y los pobres, aunque estos últimos tienen mucho menos que perder. Es, efectivamente, una hora de reflexión sobre la suerte de nuestros pueblos y sobre el futuro de la humanidad. Ya no es Cuba la que puede ser acusada de incitar a la violencia. Cuba sólo advierte que los cambios vendrán, y que quienes podemos influir sobre el futuro de América estamos en el deber de hacerlos viables y de lograr que cesen las situaciones cada vez más desesperantes para las masas.

A quienes deseen conocer más en detalle la estrategia que Cuba ha concebido para abordar radicalmente estos problemas, les sugiero la lectura o relectura de la intervención de Fidel Castro, en el mes de octubre de 1979, en la Asamblea General de la ONU, a nombre del Movimiento de Países No Alineados. Allí hay una estrategia y una concepción política, en las que aborda los problemas y se explican los retos que tiene ante sí la búsqueda de una cooperación entre todos los países de las Naciones Unidas. El proceso económico y social internacional marcha inevitablemente por los caminos del mercado a esta escala. Los frenos y condicionamientos financieros y de diversa índole que actualmente se están imponiendo a nuestros pueblos afectan sus derechos económicos y su soberanía.



Es imprescindible la unidad latinoamericana y caribeña para garantizar nuestros derechos tanto en el campo económico como en el político y el social, y para que no nos impongan trabas al desarrollo de la política soberana que de forma libérrima elija cada uno de nuestros países. Cualquiera que sea el proyecto social o económico que cada país escoja, América Latina y el Caribe no tienen otra opción que abordar de forma unida estos problemas en su diálogo o contradicción con las potencias del orbe. No hay otra alternativa.

Alumnos y profesores de la Universidad Nacional Autónoma de México:

Permítanme, para terminar, rendir homenaje emocionado a todos los estudiantes y universitarios de América Latina y el Caribe que, a lo largo de estas décadas, han librado colosales batallas en defensa de nuestros derechos y libertades. Desde finales de la segunda década del siglo, el movimiento de Reforma Universitaria, iniciado en Córdoba, Argentina, empezó a tener una enorme repercusión en los centros universitarios del continente. En Cuba, por la década de los años veinte, también cobraron fuerza las ideas de las reformas universitarias y pronto los más valiosos estudiantes y profesores comprendieron que no podría haber reformas académicas si no era con una transformación social.

Por ello luchó y combatió Julio Antonio Mella, asesinado en México hace sesenta años, por el imperialismo y los jenízaros de la tiranía que entonces padecía Cuba. Mella, quien es uno de los símbolos más altos del estudiantado cubano, luchó aquí, en México, por fortalecer la Liga Antiimperialista de las Américas y el combate social por la redención no sólo de Cuba sino de todo nuestro continente. Y es que hay una fuerte tradición antiimperialista en lo mejor de las universidades latinoamericanas. Hay que estudiar esta tradición, presente, desde luego, en el estudiantado y en la intelectualidad mexicana, y aprender de ella.

América Latina tiene que estudiar más aún la tradición que se expresa en los grandes movimientos de avance, como la Revolución Mexicana y la vida y obra de su próceres más ilustres, como el antiimperialismo de Sandino, como el pensamiento revolucionario del Che Guevara, como la combativa y valiente acción del presidente mártir Salvador Allende, como la herencia intelectual de Carlos Mariátegui, como la tradición de hospitalidad mexicana que hizo posible que un joven estudiante cubano, Fidel Castro, fuera acogido y se incubaran en la patria azteca los gérmenes deci-

sivos de los cambios revolucionarios que llegarían a nuestro país con el yate Granma.

Se ha dicho en estos días que Cuba ha quedado sola. Pero Cuba no está sola, está unida por lazos indestructibles a la América nuestra. Ha de decirse, sin embargo, que nuestra América sí está sola, enfrentándose a un único y fundamental enemigo. Pero en esta soledad de una América tan vasta, con tanta historia, estriba nuestra fuerza y nuestra grandeza. Esa fuerza se refleja en la riqueza espiritual que hay en la síntesis cultural entre lo aborigen, lo que llegó de Europa, lo que llegó de Africa y lo que llegó de Asia.

Esta amalgama de pueblos, esta humanidad de 400 millones de hombres y mujeres, tiene riqueza más que suficiente para enfrentarse a sus responsabilidades en el mundo de hoy. Con esta fuerza espiritual y moral libramos la batalla de nuestra identidad y de nuestro futuro; así obtendremos la victoria que será un triunfo para el género humano y servirá al equilibrio del mundo. Por ello, y para terminar, permítaseme recordar unas palabras de José Martí sobre aquel gigantesco argentino, aquel americano excepcional que fue José de San Martín. Nuestro Apóstol dijo:

y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.